

Un símil de Lucrecio en la literatura latino-cristiana

La historia literaria celebra como una de las dotes características de Lucrecio su acertada discreción en revestir los abstractos conceptos de su exposición doctrinal con cuadros y símiles tomados de la naturaleza y de la vida, por él felizmente observados y descritos (1). El autor del poema *De rerum natura* se esfuerza por llegar al ideal horaciano de hermanar lo útil con lo dulce, espolvoreando poesía sobre la didáctica de la verdad, lo mismo que para hacer pasar la amarga pócima se endulzan de miel dorada los bordes de la copa. Sabe reír en sus versos con la nueva luz de la primavera, asustar con el fragor de la tormenta, admirar la danza del polvillo de oro en un rayo de sol, seguir el vuelo de las nubes y embelesarse con el canto de los pájaros.

No vamos a estudiar aquí los primores de su poética. Ha sido sometida ya a múltiples análisis estéticos y gramaticales (2). Nuestro intento, más modesto, es seguir brevemente, en un corte longitudinal a través de algunos autores de la literatura patrística latina, el empleo curioso de uno de sus símiles, ése, cabalmente, que acabamos de mencionar, de la miel en loa labios de la copa. Un hilo de las vertientes de la poesía del Lacio, que va filtrándose juguetón por no pocas plumas cristianas.

Editado por Cicerón (3), elogiado e imitado diversamente por los grandes clásicos de la áurea latinidad, Virgilio, Horacio, Ovidio, aunque no nombrado por todos, el grandioso poema *De rerum natura* sacó verdadero el vaticinio del poeta elegíaco que le profetizó la inmortalidad:

Carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti
Exitio terras cum dabit una dies (4).

Los Padres de la Iglesia utilizaron, para fines apologéticos, las invectivas de Lucrecio contra los dioses. Más tarde, en los siglos IV y V, el poeta del epicureísmo, «assertor voluptatis», les era aborrecible. Sin embargo, Isidoro de Sevilla descifró con versos lucrecianos muchos fenómenos de la naturaleza. Y, con dependencia frecuente isidoriana, la escuela carolingia, desde Rabano Mauro, siguiendo una indicación de San Jerónimo, le hacía

(1) W. S. TEUFFEL, *Geschichte der römischen Literatur*, § 203. SCHANZ y HOSIUS, *Römische Literaturgeschichte*, I, Munich, 1927, pág. 279. PAULY WISSOWA. *Real-Encyclopädie d. classischen Altertumswissenschaft*, «Lucretius», col. 1659 a 1683.

(2) La bibliografía general sobre Lucrecio puede verse en Schanz, ob. cit. página 282-284.

(3) El testimonio fundamental, indiscutible para todos los críticos, en lo tocante a la biografía y obra de Lucrecio, es el de San Jerónimo: «T. Lucretius poeta nascitur. Postea amatorio poculo in furorem versus, cum aliquos libros per intervalla insaniae conscripsisset, quos postea Cicero emendavit, propria se manu interfecit anno aetatis XLIII». En el *Cronicón* de Eusebio; al año 1923=94 ante C.

(4) *Amorum*, lib. I, 15, 23.

servir a sus exposiciones exegéticas. Resucitado, tras breve paréntesis, por el renacentista Poggio Bracciolini, entra definitivamente, como una de sus figuras próceres, en el ámbito de la historia literaria universal.

El *De rerum natura* es el poema didáctico de la física de Epicuro, enderezado por el arte del poeta pagano a libertar al hombre de los vanos y necios temores a potestades ultraterrenas, así como también del infantil terror ante la perspectiva de la muerte. Bien se ve cómo podría servir cual código de la indiferencia y de la despreocupación. Es la epopeya de la materia, obra escrita en los paréntesis del poeta, que interrumpieron una locura furiosa que debía desembocar al fin en el suicidio (5).

En ella logró dejar Lucrecio como estereotipados pensamientos, cuadros, imágenes y descripciones, de duración indeleble para sus lectores.

Ha sido privilegio de los clásicos el fundir en la belleza cincelada de un verso un concepto así moldeado para la eternidad. Por no citar sino unos pocos ejemplos, Horacio, en cortos hemistiquios brinda las ponderaciones siguientes: *monumentum aere perennius* (*Od. III.*, 30, 1); bella *matribus detestata* (*Od. I.*, 1, 24); *genus irritabile vatum* (*Ep. II.*, 2, 102), cien más. Otras veces es un hexámetro de corte y cinceladura lapidarias: *Dat veniam corvis, vexat censura columbas* (Juvenal, *Sat. II.*, 63), estigmatiza la parcialidad de un fallo injusto; *Donec eris felix multos numerabis amicos* (Ovidio, *Trist.*, I, 1, 39), llora el egoísmo de cierta amistad; *Felix qui potuit rerum cognoscere causas* (Virgilio, *Georg. II.*, 489), exalta la penetración investigadora del hombre culto.

Lucrecio no va a la zaga de los demás clásicos en esta celebridad. Bastaría para demostrarlo el bellissimo hexámetro de los jóvenes corredores en el estadio, que se pasan de mano en mano las antorchas en llama, con que el poeta quiere sensibilizar el sucederse de las generaciones humanas en la vida:

Et quasi cursores vitae lampada tradunt

(De rerum natura, II, 79).

Hoy ha pasado a todas las literaturas para significar la transmisión de la cultura en las sucesivas épocas, la perduración de una escuela, la persistencia inmutable de una estirpe, etc. (6).

Suyo es también el proverbial pesimismo amargo en las hieles finales del placer:

...medio de fonte leporum

Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat.

Ibid. IV, 1129-1130).

La supervivencia doctrinal de Lucrecio en la tradición teológica ha sido estudiada recientemente. J. Philippi, después de algunas indicaciones esporádicas de otros, ha dedicado un estudio fundamental y documentado al in-

(5) San Jerónimo, loc. cit.

(6) Sus bellezas de pormenor han sido estudiadas recientemente por L. LAURAND, *Pour mieux comprendre l'antiquité classique*, París.

flujo de Lucrecio en la Edad Media, especialmente en la época carolingia (7). El punto que aquí consideramos, del símil lucreciano, no ha sido investigado todavía, que sepamos. En el estudio poco ha mencionado de Philippi no se registra sino una cita de las consignadas en el presente trabajo (8).

El símil de que tratamos es conocido:

Id quoque enim non ab nulla ratione videtur;
sed veluti pueris absinthia taetra medentes
cum dare conantur, prius oras pocula circum
contingunt mellis dulci flavoque liquore,
ut puerorum aetas improvida ludificetur
labrorum tenus, interea perpotet amarum
absinthi laticem, deceptaque non capiatur,
sed potius tali pacto recreata valescat...

(*De rerum natura*, 1935-942).

Lo mismo repite en el libro IV, 10-17.

Valga como traducción la que gallardamente hizo el abate Marchena, el cual, según Menéndez y Pelayo, «apasionadísimo del autor y casi frenético de impiedad», sintoniza con su modelo en inusitado calor de sentimiento y versificación:

Y hablo en verso tan dulce, a la manera
que cuando intenta el médico a los niños
dar el ajeno ingrato, se prepara
untándoles los bordes de la copa
con dulce y pura miel... (9).

No desdora el mérito de la personalidad del gran poeta el que el símil no sea acaso enteramente original (10). Tal vez es una semilla de Platón que vino a germinar en la fértil fantasía de Lucrecio. En efecto, en un contexto de pedagogía en que el autor de *Las leyes* trata del atractivo de la música y otras artes para incitar a los jóvenes a cosas serias, dice:

...y porque el ánimo de los jóvenes no puede tolerar las cosas serias, se hace uso de juegos y cantilenas, lo mismo que acostumbra los que tienen cargo de enfermos y débiles servirles saludable alimento en viandas y bebidas dulces, mezclando por el contrario las nocivas con las desagradables, para que apetezcan aquéllas y aborrezcan éstas. Así el prudente legislador... (11).

(7) Lucrèce dans la théologie chrétienne du III au XIII s. et spécialement dans les écoles carolingiennes, en la Revue de l'hist. des rel. 32, 1895, 284; 33, 1896, 19; 125.

(8) Es la de San Jerónimo en su Carta a Ctesifonte.

(9) En M. MENENDEZ Y PELAYO, El abate Marchena. Crítica literaria (Obras Completas, Madrid, 1942, t. 4, pág. 114).

(10) A pesar de la afirmación de Lemaire: «Praeclaram hanc similitudinem primus invenit Lucretius, quem postea plures imitati sunt». En su edición, Titi Lucreti Cari, de rerum natura libri sex. París, 1838, t. I, pág. 190; al lib. I, 935.

(11) De las leyes, 659 e.

Pero quien acuñó la imagen y le dió la impronta definitivamente eterna fué el cantor del *De natura rerum*.

Sin dependencia directa de Lucrecio, Horacio también había expresado la idea vulgar que se encierra en la imagen:

...ut pueris olim dant crustula blandi
doctores, elementa velint ui discere prima

(Sat. I, 1. 26).

El primero en citar el pasaje de Lucrecio fué Quintiliano, con el mismo fin pedagógico de dar amenidad a sus enseñanzas, y, notando que ya el símil era conocido:

In ceteris enim admiscere tentavimus aliquid nitoris... ut hoc alliceremus magis iuventutem ad coqñitionem eorum quae necessaria studiis arbitramur, si ducti iucunditate aiiqua lectionis, libentius discerent ea, quorum ne ieiuna atque arida tractatio averteret animos, et aures praesertim tam delicatas raderet, verebamus; qua ratione se Lucretius dicit praecepta philosophiae carmine esse complexum; namque hac, ut est notum, similitudine utitur:

Ac vetusti pueris... (Inst. orar. 3, 1, 4).

La literatura latina cristiana se esforzó por troquelar su contenido en las formas eternas del arte clásico, y logró verter el nuevo espíritu en los viejos moldes. Había que atender no solamente a la exposición de las doctrinas, sino también a su presentación halagadora por medio del arte. Y a pesar de las protestas de algunos y ciertas salvedades de otros, que se prolongaban en una contienda más duradera que profunda, la lectura de los clásicos paganos y su utilización en las letras cristianas fué generalizándose más y más (12).

Un caso mínimo del fenómeno es el de los versos de Lucrecio que estudiamos.

Bajo la pluma de los Padres de la Iglesia la imagen se aplica ordinariamente para señalar la sinuosa intención de los herejes, arrianos, nestorianos, agoreros, etc. Se afanan éstos en revestir hipócritamente de formas halagüeñas un fondo que en sí mismo conocido repelería por su fealdad.

En el uso corriente en la época patrística, de intercalar pensamientos ajenos en la redacción propia, sin indicación o referencia alguna a su origen, pasaban de unos Padres a otros textos e ideas de escritores paganos que, a ser conocida su procedencia tal vez no se hubiesen frecuentado en tanta escala. Su presentación anónima las hacía impersonales, creándoles a veces

(12) Puede verse la cuestión ampliamente tratada en M. L. W. LAISTNER, *Thought and letters in western Europe a. D. 500-900*, Londres, 1931. Por lo que toca a España, en J. PEREZ DE URBEL, *Lucha y abrazo de la musa y el ángel*, en *Escorial*, n. 5, pág. 333-351.

categoría de proverbios. Por otra parte, la imitación de modelos precedentes era en la antigüedad una de las leyes fundamentales de la literatura, y la utilización de procedimientos conocidos constituía para los lectores un elemento importante del placer estético (13).

Lactancio cita copiosamente a Lucrecio, en múltiples pasajes, más que a cualquier otro autor gentil. La reminiscencia del símil de que hablamos es en él de signo positivo: en vez de censurar con ella a otros, contiene más bien una exhortación al buen uso de las flores retóricas entre los cristianos. Habla de la humildad y pobreza de estilo en las Escrituras, por lo cual son despreciadas de los sabios de este mundo. Esforcémonos, aconseja, por endulzar las austeras verdades de nuestra predicación:

Circumlinatur modo poculum caelesti melle sapientiae, ut possint ab imprudentibus amara remedia sine offensione potari, dum inlicens prima dulcedo acerbitatem saporis asperi sub pxaetexto suavitatis occultat.

(Div. inst. 5, 1).

Paciano de Barcelona rechaza en su segunda Carta a Simproniano el cargo que éste le hacía de ser amargo en sus misivas. Los medicamentos dulces, dice, no son tan saludables como los amargos. Por otra parte, no concede que su Carta esté llena de hiel.

La redacción de Paciano, aunque refleje un contenido ya proverbial, bien pudiera argüir conocimiento directo del texto de Lucrecio en un ingenio tan penetrado del estudio de las letras clásicas como lo fué el santo obispo de Barcelona (14):

Si amara reficiunt, quid dulcía operentur ignoro; nisi quid, ut in medicinae poculis, solet amarum magis quam dulce rae-dicari. Sed quae, litteras meas repetas, an aliquo felle resper-sae sint.

(Episí. II, 2).

No niego, sin embargo, la probabilidad de que haya solamente reminiscencia de Lactancio, a quien imita Paciano largamente.

En la controversia arriana Febadio de Agen y Gregorio de Elvira tocan de pasada la imagen proverbial para acusar la astucia de sus adversarios. Pero tal vez tampoco en este caso se reconozca utilización directa de Lucrecio:

Quae... incautos haeretica subtilitate blanditur: pari modo quo veneni poculum mella commendant.

(Febadio, Contra *arian.*, 3).

(13) Cf. R. GUILLEMIN, *L'imitation dans les littératures antiques, en particulier dans la littérature latine*, en la *Revue des Etudes latines*, 1924.

(14) La formación humanística de San Paciano de Barcelona es el tema de un estudio que tenemos en preparación.

Et hi per virisimilem confessionem innocentium mentes occulta fraude seducunt. Et ut solet lethale poculum mellis dulcedine temperatum, suavitate fallente perimere; sic et hoc malum, per blandimentum aurium, audientium sensus quadam labe contaminan, contagione vitii adhaerentis inficit.

(Gregorio de Elvira, *De fide*. 3.)

De otra suerte hay que juzgar la redacción del Solitario de Belén. Humanista consumado y exquisito catador de las bellezas clásicas latinas en mil citas y reminiscencias de todo género, no podía San Jerónimo olvidar el símil de Lucrecio, ni renunciar a su uso en las múltiples ocasiones que sus propios escritos, sobre todo los polémicos, le proporcionaban. Y así, la complacencia con que lo utiliza es repetida.

Unas veces la cita es explícita y textual, como en la *Caria* a Ctesifonte: Rufino se valía del nombre de un autor católico para introducir en la Iglesia ctros que no lo eran. El texto se aduce de memoria, y contiene, por lo mismo, variantes personales de San Jerónimo:

...et iuxta illud Lucretii
Ac veluti pueris absinthia taetra medentes
cum damus prius ora circum
inlinimus dulci mellis flavoque liquore.

Ita ille Iohannem in ipsius libri posuit principio, quem et catholicum et sanctum fuisse non dubium est, ut per illius occasionem ceteros quos posuerat haereticos Ecclesiae introduceret.

(Episf. 133, 3).

Otras veces es solamente una reminiscencia rápida, con términos ya estereotipados en la transmisión literaria. Así alude a las artes de los heterodoxos y perturbadores de la moral cristiana en diversas ocasiones:

Venena non dantur nisi melle circumlita, et vitia non decipiunt nisi sub spscie umbraque virtutum.

(Episf. 107, 6).

Ariani, quos optime nosti, multo tempore propter scandalum nominis homousion se damnare simulabant, venenaque erroris circumlinebant melle verborum.

(Contra Iohan. Hieros., 3).

Manifesti criminis argueris, idcirco te veneni calicem circumlinere melle voluisse, ut simulata dulcedo, virus pessimum tegeret.

(Contra *Rf*, 1, 7).

Muy hondamente caló la formación humanística de San Agustín en su juventud, y él hubo de llorar en los años de su madurez cristiana el sentimentalismo estético de sus primeros días, que le hacía anteponer en su

compasión la suerte mísera de Dido al lamentable extravío de sus propios devaneos juveniles: *Et haec non flebam, et flebam Didonem extinctam fenoque extrema secutam* (Confess. I, 21).

Sin embargo, con ser pródigo en otras citas clásicas de Virgilio, Apuleyo, Terencio, Salustio, Cicerón... no lo es con el autor del *De natura rerum* (15). La reminiscencia que vamos a recoger, de sus tratados *In Iohannem*, no pasa de ser el empleo de un motivo retórico, que había pasado a ser proverbial y estaba en el ambiente literario latino. Trata en él de condenar la táctica hipócrita de los encantadores, que doran sus seducciones ante los cristianos, anteponiéndoles el nombre de Cristo:

...Illi ipsi, qui seducunt per ligaturas, per praecantationes, per machinamenta inimici, misceant praecantationibus suis nomen Christi: quia iam non possunt seducere christianos, ut dent venenum addunt mellis aliquid, ut per id quod dulce est, lateat quod amarum est, et bibatur ad perniciem.

(In Iohann. VII, 6).

Casiano de Marsella retuvo de por vida en su fantasía el aroma de su primera formación. En tus horas cenobíticas de oración, los cuadros clásicos de su juvenil educación se sobreponían, como le sucedía también a San Jerónimo, a la serena contemplación de lo sobrenatural:

...speciale impedimentum salutis accedit per illam quam tenuiter videor attigisse notitiam litterarum, in qua me ita vel instantia pedagogi, vel continuae lectionis maceravit intentio, ut nunc mens mea poeticis velut infecta carminibus, illas fabularum nugas historiasque bellorum, quibus a parvulo primis studiorum imbuta est rudimentis, orationis etiam temporis meditetur, psallentique vel pro peccatorum indulgentia supplicanti aut impudens poematum memoria suggeratur aut quasi bellantium heroum ante oculos imago versetur, taliumque me phantasmatum imaginatio semper illudens, ita mentem meam ad supernos intuitus aspirare non patitur, ut quotidianis fletibus non possit expelli.

(Conl. 14, 12).

La austeridad del viejo patriarca subraya dolorosamente el impedimento que una afición arraigada puede ofrecer para la entrada total en la oración; y, como legislador de la vida ascética, se afana por dar la voz de alarma a los religiosos.

La reminiscencia de la imagen lucreciana, que contiene, es tan desarrollada y se pliega tanto a todos los matices y salientes del original, que no

(15) Ni una vez siquiera sale citado Lucrecio en los estudios de Goldbacher en la edición del Epistolario de San Agustín, en el Corpus de Viena; ni tampoco en las Notas de C. JENKINS, Augustine's classical quotations in his letters, en *Journal of theological studies*. 39, 1938, 59-66.

parece pueda explicarse Eino por derivación directa del autor del *De natura rerum*. Por eso es más notable que Petschenig, su editor en el *Corpus de Viena*, no tenga anotada referencia alguna a la fuente en el pasaje debido:

Veneficorum quorundam, ut aiunt, haec consuetudo est, ut in poculis quae conficiunt venenis mella permisceant, ut dulcibus nocitura celentur, et dum quis mellis dulcedine capitur, veneni peste perimatur. Ita ergo et tu... oras quodammodo poculi pestilentis dulcedine quadam et quasi melle circumlinis, ut haurientes ingestum poculum homines, dum illecebrosa degustant, perniciose non sentiant.

(De incarn. 7, 6).

Los comentaristas críticos de San Vicente de Lerins han notado las huellas que los clásicos dejaron impresas en su redacción estilística. Cicerón, Salustio y otros hacen sentir su eco en ella. Un pasaje de su *Conmonitorio*, que ha sido varias veces estudiado, recoge, contra las artes fraudulentas de los herejes, la imagen de Lucrecio. Pero, si no me engaño, el mismo giro amplio del desarrollo en que la expone, del mismo corte que el de Casiano, arguye en el de Lerins la dependencia inmediata del monje de Marsella. Detalle, éste último, que no se solía observar en los historiadores (16).

Itaque faciunt, quod hi solent, qui; parvulis austeram quaedam temperaturi pocula, prius oras melle circumlinunt, ut incauta aetas, cum dulcedinem praesenserit, amaritudinem non reformidet.

(Common. 25, 5).

En la traducción latina que, de un autor griego desconocido, hizo Dionisio el Exiguo, de la Vida de San Pacomio, se contiene una rápida cita del símil, con términos tan parecidos a los característicos de la redacción liricense, que pudiera uno sospechar si el célebre traductor no tuvo a la vista el *Conmonitorio*: Habla censurando a Orígenes, primer precursor de Arrio, y que mezclaba en sus exposiciones de la Escritura doctrinas odiosas por el error:

Haereticos autem detestabatur plurimum, et maxime Origenem, velut blasphemum ac perfidum, vehementer horrebat, qui praevius Arrii Meletiique declaratus, sub Heracla venerabili Alejandrinae civitatis episcopo, de Ecclesia pulsus est, quique sacrae Scripturae dogmatibus exosa atque detestanda quae nonnullorum corda subverterent expositionibus suis admiscuit, sicuti solent qui venena temperant, amaritudinem melle contingere; sic iste proprii virus erroris, caelestium verborum dulcedine liniens, exitiosa rudibus dogmata propinavit.

(*Vita s. Pachomii*).

(16) Véase el comentario de E. S. MOXON a la edición del *Conmonitorio*, Cambridge, 1915, página 104.

Los vocablos *hi solent* = *solent*; *circumlinunt* = *liniens*; *temperaturri* = *temperant*; *amaritudinem* = *amaritudine*, parecen argüir dependencia directa.

Hablando de las astucias de los priscilianistas, que para introducir sus errores proponen escrituras apócrifas, dice del mismo modo San León M.:

Quomodo enim decipere simplices possent, nisi venenata pocula quodam melle praelinirent, ne usquequaque sentirentur insuavia, quae essent futura mortífera?

(Epist. 9, 15).

San Gregorio M., en su *Regula Pastoralis*, aplica el simbolismo al buen gobierno de los Superiores. Así les recomienda:

Miscenda ergo est lenitas cum severitate; faciendum quoddam ex utroque temperamentum... equos indomitos blanda prius manu tangimus, ut eos nobis plenius postmodum etiam per flagella subigamus, et amaro pigmentorum poculo mellis dulcedo adiungitur...

(fleg. *Past*, II, 6; III, 17).

No creo descubrir en la cita conocimiento directo de Lucrecio. El severo censor de las lecturas de los clásicos paganos entre los hijos de la Iglesia, cual se revela en el Prefacio a lo; Morales y en la Caria a Desiderio de Vierter, ha descubierto en la imagen solamente su aplicación medicinal a la ascética, probablemente derivada de Casiano o de algún otro de los moralistas antiguos.

Un eco, finalmente, de esta tradición patrística resuena todavía en Sisebuto, el rey visigodo (612-620), curioso ejemplar del grado de cultura que alcanzaron algunos laicos en la época isidoriana. La reminiscencia apunta a la herejía arriana:

Fuit, fuit olim morbus acerbissima peste diffusus qui latent infernalibus animas sedibus infelicitum miscuit et inlinita dulcedini pocula anthidotia mortífera propinavit.

(*Epist. ad Advalvaldum*) (17).

Como antes quedó notado, la imagen pasó a todas las literaturas?. Séame permitido, para terminar, añadir aquí a título de apéndice, tres ejemplos aislados, entre mil que pudieran citarse, en nuestras letras, dos clásicos y uno de la época moderna, bien representativos de nuestra historia literaria.

El Infante don Juan Manuel, en *El Conde Lucanor*, entra de lleno en la tradición clásica del símil, de aplicación estética a la buena acogida de su obra. La amenidad de los «enxemplos» será introductora de la lección moral:

Esto fiz según la manera que hacen los físicos, que cuando quieren facer alguna melicina que aproveche el figado, por ra-

(17) Nada nota su editor W. GUNDLACH, en *Mon. Germ. Hist., Epist. III*, pág. 672.

zón que naturalmente el fígado se paga de las cosas dulces, mezclan con aquella melecina que quieren melecinar el fígado, azúcar o miel o alguna cosa dulce; et por el pagamiento que el fígado ha de la cosa dulce, en tirándole para sí, lleva con ella la melecina quel ha de aprovechar... Et a esta semejanza... será fecho este libro, et los que lo leyeren si por su voluntad tomaren placer de las cosas provechosas que y fallaren, serles ha bien, et aun los que también non entendieren, non podrán escusar que en leyendo el libro, por las palabras falagueras et apuestas que en él fallaran, que non hayan a leer las cosas provechosas que son y mezcladas, et aunque ellos non lo deseen aprovecharse han de ellas.

Idéntico sesgo toma la cita en los Versos *acrósticos* antepuestos a *La Celestina*:

Como el doliente que pildora amarga
o la recela o no puede tragar,
métela dentro de dulce manjar,
engañase el gusto, la salud se alarga:
desta manera mi pluma se embarga,
imponiendo dichos lascivos rientes,
atrae los oydos de penadas gentes;
de grado escarmientan e arrojan su carga.

Pero bien nota Cejador (18) que no ha de verse aquí derivación directa de Lucrecio. La metáfora se había hecho del dominio público, y entraba en el uso general literario, singularmente el moralizador.

Casi en nuestros días, don Juan Valera lo utiliza para justificar, junto con otras razones que allí aduce, el haber entretejido en su novela *Genio y figura*... ciertas escenas un tanto «alegres o primaverales»:

Es cierto que pudiera tener tres o cuatro escenas menos alegres o primaverales: pero valga como excusa aquello de la miel que se pone en el borde del vaso a fin de que el niño engañado con su dulzura se trague el amargo medicamento.

(*Genio y figura*. Postdata).

He aquí cómo, gracias a la propiedad feliz de la imagen y al primor de la versificación, un símil, ideado por el poeta cantor y grandilocuente de la Nada y de la Materia, se hizo moneda corriente entre los escritores cristianos de todas las épocas.

José MADDOZ, S. I.

(18) Edición de *La Celestina*, «La Lectura», Madrid, 1913, pág. 11.